

AL HILO
DE MOLDAVIA



ENTRE VIÑEDOS, MONASTERIOS RUPESTRES Y RELATOS LEGENDARIOS,
ESTE PAÍS PEQUEÑO EN TAMAÑO PERO ENORME EN PATRIMONIO CONSERVA LA
ESENCIA INTACTA DE UNA EUROPA QUE SE RESISTE AL OLVIDO.

Texto **Marta Sahelices** ♦ Fotos **Félix Lorenzo** ♦ Bordado **Ando Desbordada**

Fotografía apertura: Silvia de la Rosa



ABURRIDOS DE TANTA IMPOSTURA, cada vez somos más los viajeros que preferimos destinos donde la globalización aún no se haya dedicado a diluir identidades. Una búsqueda del tesoro que últimamente orienta nuestra brújula hacia Europa del Este y sus jóvenes países. Moldavia, encajado entre Rumanía y Ucrania, es uno de los más pequeños y genuinos, y atesora todo aquello que apreciamos. Su arquitectura ecléctica permite pasar, en cuestión de horas, de la funcionalidad de un edificio soviético a la austeridad de un monasterio rupestre. Sus suelos fértiles, cubiertos de viñedos, girasoles y trigales, se extienden entre bosques que apenas han cambiado desde los tiempos en que dieron refugio a los *haiduks*, forajidos defensores de los pobres. Y su historia, marcada por la huella de las temidas tribus dacias que desafiaron al Imperio Romano, se entrelaza con leyendas que enriquecen cualquier viaje o texto.

Fantástica es, de hecho, la manera en que los moldavos narran el nacimiento de su capital, Chisináu, en unas fuentes milagrosas donde el Chișcarului de Argint, el pez-serpiente de plata que le da nombre, habría salvado la vida de una muchacha moribunda. Hoy, aquel enclave legendario, levantado sobre siete colinas, se ha transformado en una urbe moderna en la que numerosos lagos y parques, como el dedicado a Esteban el Grande, conviven con la estética brutalista del hormigón armado y la elegancia europea de sus monumentos.

La Catedral de la Natividad de Cristo, de estilo neoclásico tardío, cautiva por la simetría de sus cuatro pórticos, sosteni-

Unas 128.000 hectáreas de viñedos cubren la geografía de Moldavia, una cifra elevada y excepcional

Izda., monasterio de Saharna. Dcha., en el sentido de las agujas del reloj, clase de cocina en el Eco Resort Butuceni; salita en Poarta Neamului; Museo Etnográfico de Butuceni y habitación en el Château Vartely Winery. En la página anterior, campo de trigo en Orheiul Vechi y taller en el complejo Artă Rustică, en Clisova Nouă.

dos por columnas de inspiración griega. Frente a ella, a pocos metros, se alinea su reconstruido campanario, que debía albergar una campana de seis toneladas fundida con cañones turcos. Una hazaña que ni el obstinado ejército ruso pudo cumplir, lo que motivó la construcción del Arco del Triunfo para alojarla, aunque la versión oficial lo presentase como una obra conmemorativa de la victoria sobre el Imperio otomano. Del mismo corte academicista son el Teatro Nacional Mihai Eminescu, el Ayuntamiento —supervisado por el talentoso arquitecto Alexandru Bernardazzi— y la Sala del Órgano, custodiada por la escultura del poeta Mihai Eminescu. Mucho más mundano, pero igual de revelador, es el inmenso Mercado Central, un laberinto de puestos al aire libre que concentra a agricultores, floristas y artesanos entre acentos, regateos y aromas.

La agricultura ha sido, y sigue siendo, el pilar de la economía moldava. Más del 75% del territorio se destina a la actividad agrícola, favorecida por el *chernozem* —un suelo negro rico en minerales ideal para el cultivo de frutas, hortalizas y cereales—, así como por un clima continental moderado, con inviernos breves y veranos largos, que permite adelantar la siembra y prolongar la maduración. Virtudes que han hecho de la vid su gran protagonista: unas 128.000 hectáreas de viñedos cubren su geografía, una cifra tan elevada como excepcional.

Junto a cepas universales como Merlot, Pinot Noir, Malbec, Cabernet Sauvignon, Chardonnay y Sauvignon Blanc, prosperan las variedades autóctonas que aportan carácter a los vinos moldavos: Fetească Neagră y Rară Neagră en tintos; Fetească Albă y Fetească Regală en blancos. Las cuatro regiones vinícolas oficiales —Valul lui Traian, Ștefan Vodă, Codru y Divin— conforman un mapa diverso, con rutas enológicas, microclimas y bodegas que imprimen matices propios. A las histó- ►





La memoria femenina hila parte de la identidad moldava, con bellísimas artes de bordado

ricas galerías subterráneas de Cricova y Mileștii Mici se suman iniciativas de nueva generación, como el Château Vartely Winery, que ha hecho de la hospitalidad su sello: villas entre viñedos, catas guiadas y una experiencia de realidad aumentada que proyecta sobre barricas la leyenda del vino con personajes mágicos creados por la artista Oxana Capatina.

Si algo define a Moldavia es su esencia rural, arraigada a la tierra y a un estilo de vida sencillo: las familias crían su ganado, cultivan huertos, extraen agua de los pozos, cocinan en hornos de leña y se desplazan en carros de caballo. Un equilibrio entre campo y cultura que pervive en proyectos como Poarta Neamului, que promueve la artesanía, la gastronomía y el respeto por la biodiversidad, con talleres, rutas ecológicas y un domo geodésico en el pueblo de Temeleuți. La familia de Natalia Țurcanu ha recuperado la casa centenaria que perteneció a su bisabuela Paraschiva —madre de ocho hijos y símbolo de resiliencia—, donde exhiben arcones decorados con flores, alfombras de lana, trajes nupciales de hace medio siglo y el zestre —el ajuar o dote—, testimonio de la herencia y prosperidad de una chica. Un espacio donde conectar con el entorno y, al mismo tiempo, con relatos antiguos que narran cómo una joven gigante, al llorar desconsolada por los hombres diminutos que creyó aplastar, dio origen con sus lágrimas al río Bîc, el mismo que fluye hacia la capital.

La memoria femenina hila parte de la identidad moldava, con saberes reconocidos por la Unesco como Patrimonio Cultural Inmaterial: el arte de la blusa tradicional con bordados en el hombro (altîță) y la artesanía de alfombras de pared, compartidos con Rumanía. En Clisova Nouă, el complejo Artă Rustică, impulsado por la organización Mujer Rural, ha recuperado estas técnicas que estuvieron a punto de desaparecer e instruye en los talleres a las

Izda., en el sentido de las agujas del reloj, monje del monasterio de Țipova; platos moldavos en el restaurante La Plăcinte; iglesia en el monasterio de Țipova y bodega subterránea de crianza en Cricova Winery. En la doble página siguiente, en el sentido de las agujas del reloj, casa centenaria en Poarta Neamului; carro de caballos en Temeleuți, ruta en bici por Orheiul Vechi; mujeres preparando mermelada en el eco resort Butuceni y cocina típica en Casa Verde Guesthouse.

nuevas generaciones de mujeres en la elaboración de piezas que mantienen colores, motivos y símbolos del legado popular. Uno de los más llamativos, tal y como relata Ecaterina Popescu, su fundadora, es el árbol de la vida, que puede aparecer en forma de tallo con hojas y flores, como una flor en maceta o un ramo en un jarrón, y evoca la continuidad del linaje, el vínculo con la naturaleza y la fuerza vital que une la tierra con el cielo.

Esa conexión entre lo terrenal y lo divino se refleja con fuerza en la espiritualidad moldava, una dimensión que ha modelado la geografía y las costumbres del país. La religión ortodoxa atraviesa su historia y sus tradiciones, y muchos de sus monasterios se alzan hoy como guardianes de fe: el de Curchi, fundado hace casi tres siglos, destaca por su iglesia dedicada al Nacimiento de la Virgen, de estilo barroco e inspirada en la Iglesia de San Andrés de Kiev, mientras que el de Saharna, asentado en un valle junto al Dniéster, custodia reliquias de un valor incalculable.

No muy lejos, el conjunto monástico de Țipova se eleva sobre un escarpado acantilado que domina el río. Excavado directamente en la roca, el complejo rupestre está formado por tres iglesias fechadas entre los siglos XI y XVIII, junto a una veintena de celdas, túneles y galerías interconectadas. El acceso, que se hace únicamente a pie, desciende por escalones tallados en piedra desde los que se divisa un paraje natural sobrecogedor: las cascadas de Răușorul Țipova. Aunque se cree que las primeras estancias sirvieron de refugio a monjes que huían de las invasiones tártaras, su pasado permanece envuelto en un halo de misterio, aderezado por el folclore regional, que habla del dragón de Țipova —un guardián mitológico que protegía los tesoros— y de pasajes subterráneos que conducirían hasta un lago oculto en el corazón de la montaña, en la que aún se encienden luces en Pascua como símbolo de esperanza.

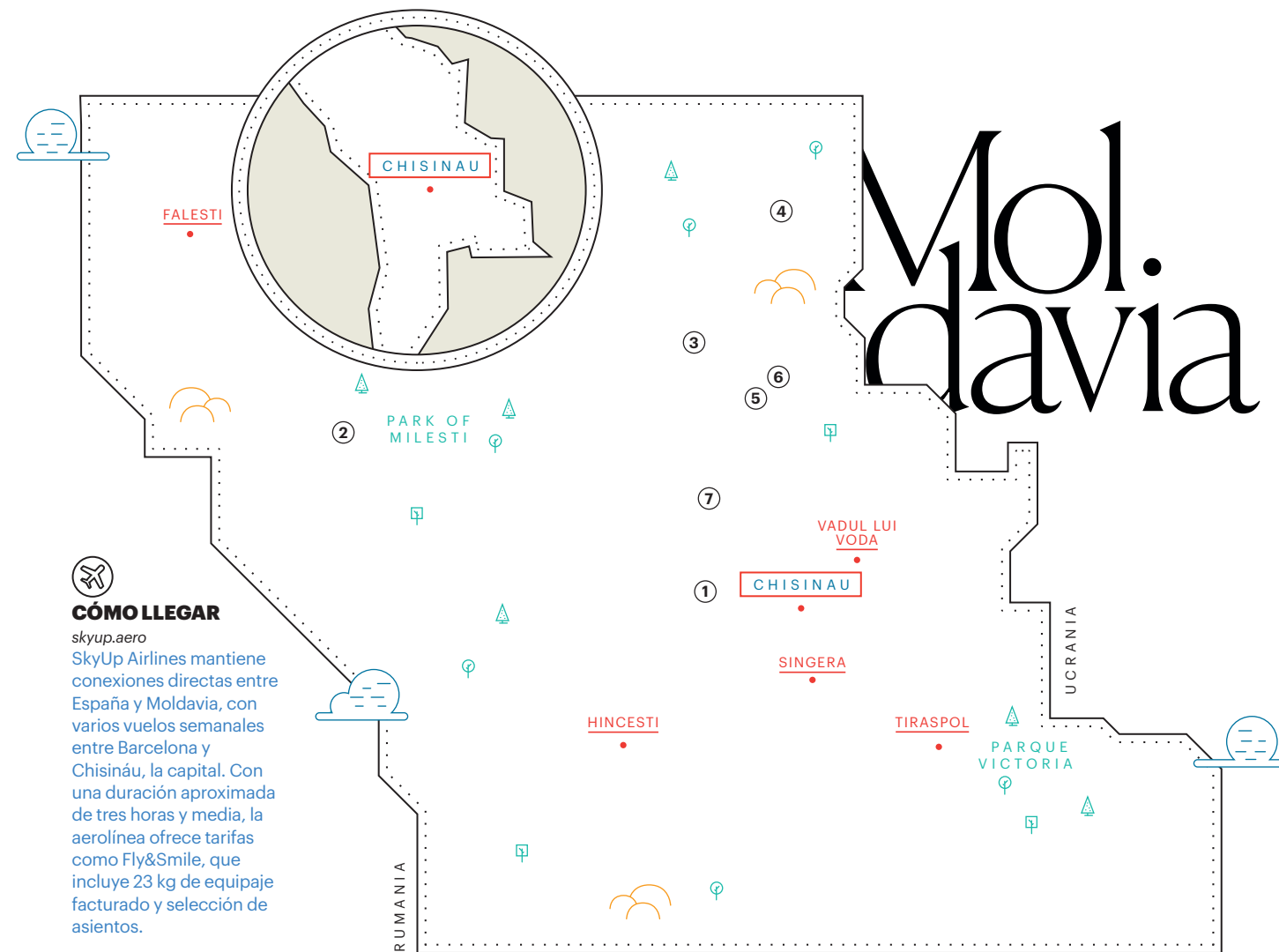
Orheiul Vechi, declarado reserva cultural y natural en 1968, es uno de los grandes referentes religiosos y patrimoniales de Moldavia. Alzado sobre un desfiladero rocoso del Răut, afluente del Dniéster y antigua ruta comercial entre los Cárpatos y el mar Negro, ha sido escenario de una ocupación humana casi continua desde el Paleolítico. Prueba de ello son las fortificaciones geto-dacias (siglos VII–II a. C.), la ciudad mongola de Șehr al-Jedid (siglo XIV), con su mezquita, caravasar y baños tártaros, y el monasterio de la cueva de Orhei Peștera (siglo XV), reabierto al culto en los años 90 tras su restauración.

A los pies de estos acantilados de piedra caliza que guardan vestigios de civilizaciones perdidas, la vida en el pueblo de Butuceni sigue, al igual que el río, su curso: las mujeres preparan mermelada artesanal de cereza, el oleaje dorado del trigo se mueve al compás del viento y las casas rurales apenas difieren de aquella que acoge el Museo Etnográfico, con aleros sostenidos por columnas de piedra tallada y capiteles en forma de cuernos de carnero, símbolo ancestral de fuerza y protección.

La tranquilidad campestre en este rincón moldavo tan solo es alterada por el Festival DescOperă, que cada junio convierte el valle en un anfiteatro natural para la ópera y la música clásica. Un encuentro con la lírica que no hace sino recordarnos la grandeza de la creatividad humana, ya sea en forma de arias o de templos excavados en la roca. Voces que desafían al tiempo y en las que resuena el eco de quienes, hace milenios, hallaron en este paisaje un refugio frente al olvido. ♦







CÓMO LLEGAR

skyup.aero

SkyUp Airlines mantiene conexiones directas entre España y Moldavia, con varios vuelos semanales entre Barcelona y Chisinau, la capital. Con una duración aproximada de tres horas y media, la aerolínea ofrece tarifas como Fly&Smile, que incluye 23 kg de equipaje facturado y selección de asientos.



DÓNDE DORMIR

x

1BERD'S MGallery Hotel Collection

mgallery.accor.com

Hotel boutique cinco estrellas ubicado en el corazón de Chisinau, junto al bulevar Esteban el Grande. Combina diseño contemporáneo y esencia moldava y permite descubrir a pie el pulso cultural y gastronómico de la capital.

x

2 Poarta Neamului

poartaneamului.md

En el pueblo de Temeleti, este complejo rodeado de bosques y un lago cuenta con un domo geodésico en el que dormir junto al huerto que surte de ingredientes frescos las recetas de la abuela y las clases de cocina.

x

3 Château Vartely Winery

vartely.md

Bodega ubicada en

el distrito de Orhei, con salas de cata, un restaurante que fusiona cocina tradicional y europea, tres villas con varias habitaciones y una cava con centenares de barricas de roble destinadas a la crianza.

x

4 Hanul lui Hanganu

hanulhanganu.md

Hotel rural en Lalova, a orillas del Dniéster, que conjuga arquitectura tradicional, confort y hospitalidad campesina. Su cocina recupera recetas moldavas como las *sărmaușe* y *pitice*, hojas de col o de vid rellenas de carne, arroz y especias, cocinadas lentamente hasta quedar tiernas y aromáticas.

x

5 Eco Resort Butuceni

butuceni.md

Sus habitaciones y casitas rurales brindan sencillez y calma en el pueblo de Butuceni, dentro del área protegida

de Orheiul Vechi. La antigua casa madre ha sido transformada en un restaurante rústico donde el fuego y las manos de las cocineras crean un espectáculo culinario con platos típicos moldavos en horno de leña. El complejo dispone de piscina y spa y organiza talleres de cocina con productos del huerto.

x

6 Casa Verde Guesthouse

pensiuneorheivechi.com

Casa de huéspedes de aire costumbrista en Trebujeni, en el entorno de Orheiul Vechi. Para una decoración más actual, mejor reservar en la vecina Casa Randunicii.



DÓNDE COMER

x

La Plăcinte

laplacinte.md

Restaurante típico, con varios locales

en Chisinau, que celebra la gastronomía moldava. En su carta destacan las plăcinte –empanadas rellenas de carne, queso de oveja, cereza o verduras–, las especialidades como la sopa okroška y los guisos.

x

7 Cricova Winery

cricova.md

‘Ciudad subterránea’ que alberga un auténtico laberinto de túneles que guardan más de 30 millones de litros de vino. A lo largo de sus 70 kilómetros de ‘carreteras del vino’, las galerías mantienen una temperatura y una humedad constantes durante todo el año, condiciones ideales para conservar la Colección Nacional de Vinos.

Izda., en el sentido de las agujas del reloj, mural en un edificio de Chisinau; Natalia Turcanu y su madre en Poarta Neamului; recuerdos familiares en el complejo; iglesia del monasterio de Saharna.